

ticia desconcertadora. Para merecer una oración fúnebre es necesario haber muerto, y Gicquel pertenecía aún al mundo de los vivos. No solamente vivía, sino que no había sido herido y, lo que es más, no había asistido sino de muy lejos á la batalla. El hijo de «la Bretaña católica y monárquica» había nacido de un padre despreciable, y él no era más que un vagabundo. Su principal industria era recorrer las rectorías: decía que era protestante, pero atormentado por la duda, suplicaba que le enseñasen el Catecismo, haciéndose albergar con tal pretexto. ¿Cuántas veces había sido bautizado? No se pudo averiguar. Hallándose en Poitiers, oyó hablar de alistamientos para el ejército del papa, manifestó el celo más exaltado, se alistó, se hizo bendecir por el obispo y, después de haber cobrado su prima, se la gastó con mujeres públicas. En Roma su conducta fué tan reprehensible que se tuvo el propósito de formarle consejo de guerra. Las autoridades fueron indulgentes con él—á causa, al parecer, de su necedad—y se contentaron con expulsarlo del ejército. Su «necedad» no era tal que él no hubiese concebido en seguida el arte de explotar el heroísmo de los demás. Después de Castelfidardo regresó á Francia, donde se le tenía por muerto. No había muerto, pero, al decir de él, poco había faltado. No cesaba de hablar de cierta herida, que tan pronto colocaba en la pierna como en el costado, diciendo que le hacía sufrir horriblemente. Relataba de mil modos los acontecimientos de Castelfidardo, ensalzando el piadoso heroísmo de sus compañeros de armas. ¿Quién no hubiera socorrido á semejante defensor de la Iglesia? En sus días de ambición Gicquel hablaba mucho de Lamoricière, insinuando que había sido ayudante de este general. La odisea tuvo el fin que había de tener. En 26 de octubre de 1861, el estafador compareció ante el tribunal correccional de Laval. Pero si éste sentóse en el banquillo de los acusados, el obispo de Poitiers estuvo en *berlina*. El fiscal, doblemente contento de su triunfo y de agradar al gobierno, leyó íntegramente el panegírico del año anterior y dejó que los jueces establecieran la comparación entre el retrato y el original (1). Lo enconado de la lucha excusaba esa pequeña venganza. Lo publicado por la *Gazette des Tribunaux* lo reprodujeron con sabrosos comentarios los periódicos oficiosos.

El percance era gordo; sin embargo, no hizo perder á monseñor Pie nada del prestigio é influencia de que gozaba en Poitiers. Dominaba á sus diocesanos, que le respetaban y admiraban mucho, sin poder creer que su gran obispo hubiese cometido ligereza ni imprudencia alguna. Continuó la rivalidad, sin más ventaja para la autoridad civil que aquel pasajero triunfo. El gobierno no sabía cómo vencer ó desacreditar al terrible adversario. Las severidades administrativas eran ineficaces, y en cuanto á las demás, el prelado era demasiado listo para exponerse á ellas. En busca de represalias, el ministerio de cultos imaginó dividir la diócesis en dos, con el pretexto de que se extendía á dos departamentos, pero el proyecto fué luego abandonado como inútilmente vejatorio. «Se reducirá la diócesis, decían los más sensatos; pero ¿no es de temer que demos mayor grandeza al obispo (2)?»

(1) Véase *Gazette des Tribunaux*, 30 de octubre de 1861.

(2) Baunard, *Vie du cardinal Pie*, tomo II, pág. 154.

II

Las triquiñuelas de detalle prolongaban el desacuerdo entre los dos poderes. Aquel mismo año de 1861, á fines de otoño, el gobierno tomó una medida mucho más grave, medida que fué una de las más sensibles y menos justificadas del reinado.

En 1833, ocho estudiantes del barrio Latino, en un bello arranque de piadoso celo, se habían juntado para visitar á los pobres, poniendo su asociación bajo el patronato de San Vicente de Paúl. Uno de ellos era Ozanam, que se consagró á la naciente obra, encarnándola en sí. Los principios fueron modestos y mediocrementemente estimulados, pues el clero se mostraba más sorprendido que entusiasmado. Un hombre de bien, el Sr. Bailly, presidió la primera organización. Una religiosa del barrio, sor Rosalía, proporcionó los consejos de su experiencia é indicó las familias á socorrer. Dios bendijo aquella inspiración de la juventud, de la caridad y de la fe. La sociedad de *San Vicente de Paúl*, como se acostumbró llamarla, se desarrolló en París, propagóse luego en provincias y, finalmente, se extendió por todo el mundo. El número de conferencias era de 339 en 1848, de 878 en 1852 y de 3.406 en 1861. Fué la más pura y santa de las creaciones del siglo XIX. A la obra fundamental de la visita de pobres á domicilio se agregaron toda clase de obras similares, como patronatos de aprendices, cocinas económicas, bibliotecas, casamientos de indigentes, asistencia médica, vestuario, caja de alquileres... Las abnegaciones crecieron proporcionalmente á la misión ampliada, y renováronse los recursos cuando se creían agotados. La religión fundó la sociedad y continuó siendo su guardiana. La institución supo evitar á la vez dos peligros: el de caer en la simple filantropía y el de practicar la caridad exclusiva. Nunca ocultó su símbolo, pero tampoco lo impuso jamás. Como la obra tomaba extensión, hubo necesidad de constituir una jerarquía que mantuviese sus tradiciones y asegurase su perpetuidad. Creóse en París un consejo general que dirigió la sociedad entera, con el concurso de consejos centrales instalados en las provincias, consejos particulares y grupos de conferencias. Así se establecieron lazos de subordinación, pero voluntarios y que habían de fortalecer el espíritu de confraternidad general sin poner trabas al funcionamiento de cada cofradía. Difícil hubiera sido negar que semejante organización cuadraba mal con el rigor de las leyes sobre las asociaciones. Muy penetrados del peligro, los fundadores procuraron evitarlo. Juzgaron que la mayor de las habilidades sería una franqueza que no ocultase nada. «Nuestras obras, solían decir, han de ser obscuras, pero no secretas; discretas, pero no ocultas.» Nada se ocultó, en efecto, ni los nombres de los socios, ni el sitio ú horas de las sesiones, ni las listas de las familias visitadas; y la autoridad pudo fiscalizarlo todo á su antojo. Las deliberaciones fueron consignadas en actas y éstas se imprimieron. Durante las grandes calamidades públicas, las sociedades de San Vicente de Paúl ofrecieron sin regatear el concurso de su abnegación. Al día siguiente de la insurrección de junio, el barrio más desolado por el motín y el más castigado por el paro del trabajo, era el de San Marcelo. El alcalde del distrito, doctor Trelat, fué á encontrar al Sr. de Melun y le dijo:

«A los infelices que hasta hoy no han conocido más que los rigores de la represión, quisiera enviarles, en vez de gendarmes, hombres de bien que distribuyan socorros. Vuestros cofrades de San Vicente de Paúl ¿aceptarían esta misión?» No sólo fué aceptado el ofrecimiento, sino que aquella misión penosa, antipática y peligrosa tal vez á causa de la disposición de los ánimos, fué solicitada como en otro terreno lo son los honores. Así, en las grandes crisis, el deber de la caridad se confundía con el deber cívico. Generalmente el papel de las conferencias era más modesto y se limitaba á socorrer á los pobres humildemente, fuera de toda mira humana. Y de las cosas humanas la más temible y la única odiosa era la política. Esta no sólo era prosrita, sino tratada además como enemiga. El reglamento, las circulares y el uso se unían para prohibirla (1). La asociación contaba entre sus miembros muchos católicos adictos al Imperio, muchos hombres pertenecientes á los antiguos partidos y muchos funcionarios, de modo que toda infracción de la regla hubiera sido disolución ó desgarramiento. La obligación de la neutralidad, todo la prescribía, todo la imponía, todo la recordaba, hasta la plegaria tradicional que terminaba cada sesión y que pedía humildemente á Dios que «las obras de la asociación estuviesen siempre desligadas de los intereses de la tierra.» Tal se presentó en su origen y tal era todavía en 1861 la *Sociedad de San Vicente de Paúl*.

El Sr. de Persigny desempeñaba entonces la cartera del Interior. Era un personaje de íntegra probidad, adicto al emperador y capaz de servirlo sin adularlo. Pero era de espíritu fantástico y de juicio inseguro. Ya en 1852 y 1854, siendo también ministro del Interior, le eran sospechosas las sociedades de San Vicente de Paúl, que creía hostiles al Imperio: no ponía en duda la sensatez del consejo general, pero decía que en provincias los *beatos* eran explotados por los *hábiles*. En 4 de mayo de 1854, después de una entrevista con Persigny, el Sr. de Melún escribió al Sr. de Falloux: «Creo que harán bien en no poner al frente de las conferencias sino á hombres sin color político bien marcado.» Varias diligencias practicadas cerca del emperador, particularmente por monseñor Parisís y por el Sr. de la Tour, diputado muy adicto al partido religioso, habían refrenado aquel principio de malevolencia (2). Transcurridos varios años sin nuevas alarmas, la cuestión romana hizo recaer sospechas sobre los católicos. En medio de tales complicaciones, el Sr. de Persigny volvió á entrar en el ministerio. Para él los últimos incidentes eran la justificación de sus sospechas. El *Sicle* no cesaba de estimular la vigilancia del poder, recordaba las leyes sobre las asociaciones y pedía que fuesen aplicadas sin contemplación alguna. El síntoma más grave era el lenguaje de ciertos periódicos que, en forma algo más suave, manifestaban igual deseo. Muy preocupado por estas acusaciones que respondían á sus ideas personales, el ministro procuraba reunir los cargos que autorizarían sus rigores. Pero esos cargos eran muy insignificantes, y aun agrupándolos, formaban una trama muy

(1) Véase el Reglamento del mes de diciembre de 1835 y circulares de 11 de junio y 13 de agosto de 1844 (*Manuel des Sociétés de Saint-Vincent de Paul*, págs. 33, 35, 305, 317-318).

(2) Véase *Vie d'Adolphe Baudouin* por el P. Schall, páginas 380-382.

poco sólida. Compulsando los informes antiguos ó recientes de la política, á lo sumo se podían entresacar dos ó tres hechos: un día, en cierta *tómbola* organizada por las conferencias, había figurado en sitio de preferencia el busto del conde de Chambord; citábase también una conferencia que, en ocasión semejante, se había negado á pedir un lote á la emperatriz; finalmente, ciertos prefectos, súbitamente movidos á solicitud por los intereses eclesiásticos, se quejaban de que las limosnas de los fieles, en vez de ir al clero parroquial, fuesen absorbidas por una cofradía puramente laica. En 27 de septiembre de 1861 celebróse en Lusignán, pueblo del Poitou, una reunión regional de conferencias. Los periódicos antirreligiosos, ávidos de un pretexto, denunciaron en seguida lo que llamaban un *vandeado renaciente*. Todo contribuía á que la denuncia fuese escuchada: la asamblea, excepcionalmente numerosa, se había compuesto de más de 150 miembros, pertenecientes á treinta y dos conferencias; la reunión había sido presidida por monseñor Cousseau, obispo de Angulema, prelado muy ultramontano; Lusignán, en fin, dependía de la diócesis de Poitiers, gobernada por monseñor Pie. Muy inquietos, los católicos empezaron á temer que las amenazas, vagas hasta entonces, estuviesen muy próximas á ser ejecutadas. El Sr. de Falloux y el Sr. de Melún, antiguos colegas del ministro en la Asamblea legislativa, intervinieron sucesivamente cerca de él, defendiendo con calor la causa que tan simpática les era. Falloux salió de la entrevista con la esperanza de que podría evitarse la tormenta. El Sr. de Melún, por el contrario, no ocultó que acababa de ser muy mal recibido. ¿Cuál de los dos veía más claro? Los católicos no tardaron en saberlo.

El 18 de octubre de 1861 se publicó una circular que justificaba el optimismo del Sr. de Falloux y las aprensiones del Sr. de Melún. Todas las consideraciones que el Sr. de Falloux había desarrollado, las repetía el señor de Persigny con tantos elogios que parecía que los católicos no tenían nada que temer, como no fuese en su modestia. A juzgar por lo que decía el ministro, las conferencias de San Vicente de Paúl «perseguían con notable celo un fin que nunca sería bastante alabado.» «Se recomendaban por sus virtudes al público respeto.» «Personificaban la beneficencia dando la mano á la religión.» «Contribuían á mantener en las clases elevadas todo un orden de sentimientos generosos, haciendo comprender á los hombres acaudalados y ociosos la misión del rico en medio de los que sufren.» A este certificado de abnegación el ministro añadía un certificado de civismo. «El espíritu de esas sociedades, continuaba, parece extraño de por sí á las preocupaciones políticas; pues, formadas de hombres religiosos que pertenecen indistintamente á todos los partidos, cuentan en su seno un gran número de funcionarios públicos y amigos leales del gobierno.»

El Sr. de Persigny no era hombre que firmase una circular sin imprimirle su sello. El ministro continuaba estableciendo un paralelo que no podía haberle inspirado nadie. Espíritu original é investigador, había descubierto que nada se parecía tanto á la sociedad de San Vicente de Paúl como la francmasonería. El paralelo se desarrollaba con ingeniosas apreciaciones, sin que nadie pudiese saber hacia dónde se inclinaban las prefe-

rencias oficiales. La francmasonería era más antigua que la sociedad de San Vicente de Paúl, puesto que había nacido en 1725, según decía el ministro que hacía alarde de erudición; tenía su origen en la filantropía como la sociedad de San Vicente de Paúl lo tenía en la religión. La Francmasonería, lo mismo que la sociedad de San Vicente de Paúl, «no había cesado de conservar su reputación de beneficencia;» además, «sin dejar de cumplir con celo su misión de caridad, se había mostrado animada de un patriotismo que nunca había faltado en las grandes circunstancias.» Sus logias y consistorios funcionaban con calma «y hacía mucho tiempo que no habían dado lugar á ninguna queja.»

Hasta aquí la circular era inofensiva y se contentaba con ser extraña. ¿Quién hubiera creído que aquella universal benevolencia serviría de prefacio á una universal severidad? El Sr. de Persigny realizaba aquel esfuerzo con una presteza singular y un aplomo que desarmaba. Francmasones y cofrades de San Vicente de Paúl eran igualmente admirables individualmente: unidos en sociedad jerárquica, eran peligrosos por igual, casi facciosos. La crítica empezaba con tanta viveza y resolución como se había desplegado en el elogio. «Si las conferencias locales de San Vicente de Paúl tienen derecho á todas las simpatías del gobierno, tengo el sentimiento de decir que no sucede lo mismo con esos consejos ó comités provinciales que, bajo las apariencias de estimular los esfuerzos particulares de las diversas conferencias, se apoderan cada vez más de su dirección, les despojan del derecho de elegir por sí mismas sus presidentes y sus dignatarios, y se imponen así á todas las sociedades de una provincia, como para hacerlas servir de instrumentos á una idea ajena á la beneficencia...» El mismo reproche, más acentuado aún, se dirigía al consejo superior, acusado de formar el centro de una asociación oculta, de extender sus ramificaciones al extranjero y de sacar de las conferencias un presupuesto cuyo empleo era desconocido. «Semejante organización, continuaba diciendo el ministro, no se explica por el solo deseo de la caridad... La caridad cristiana necesita constituirse en forma de sociedades secretas para su ejercicio?» Según la teoría oficial, cada conferencia aislada era digna de recompensa, mientras que la colectividad no era digna sino de la policía correccional. En términos de una notable aspereza, el Sr. de Persigny recordaba las leyes sobre las asociaciones, «leyes violadas desde hacía mucho tiempo.» Seguía una orden formal á los prefectos, la orden de prohibir la reunión de todo consejo superior, central ó provincial, y disolverla. Así continuaba en el tono más conminatorio aquella circular famosa que había empezado con un desbordamiento de alabanzas.

Al terminar, el ministro cambiaba por segunda vez de lenguaje. Dejaba comprender que, si las conferencias querían tener una organización jerárquica, sus deseos no eran de imposible realización. Que se confiasen al emperador, y, bajo los auspicios del soberano, podría establecerse una representación central en la residencia del gobierno. Esta insinuación dejaba adivinar la idea del emperador. El verdadero ideal hubiera sido, no disolver los consejos, sino absorberlos; no combatir la beneficencia, sino presidirla. La circular no se refería solamente á los francmasones y á los cofrades de San Vi-

cente de Paúl; mentaba también á los modestos miembros de las sociedades de *San Francisco de Sales*, esos *dii minores* de la caridad; á todos señalaba el camino que les convenía seguir; á todos les aconsejaba que se agrupasen en torno del trono y que esperasen de él todo beneficio y toda inspiración.

El *Siècle*, la *Presse* y la *Opinion nacional* encomiaron el liberalismo ilustrado del Sr. de Persigny, le felicitaron por haber concurrido al progreso democrático, invocaron los principios de 1789 y hasta hablaron de la separación de la Iglesia y del Estado. Los *Debates*, el *Temps* y el *Courrier du Dimanche* tomaron partido contra el ministro, no por solicitud en pro de la asociación amenazada, sino por celo en favor de la libertad. Entre los católicos la alarma fué grande. Todo era mortificante en la circular ministerial: las censuras, que eran injustas, y mucho más los elogios, que parecían un sarcasmo. La asimilación de la sociedad de San Vicente de Paúl á la Francmasonería provocaba sobre todo un estupor no exento de cólera. En términos vehementes y tristes, los piadosos cristianos que habían recogido la tradición de Ozanam se ingeniaban en refutar punto por punto las acusaciones.

Si las conferencias eran irreprochables, ¿cómo era posible que los comités directivos fuesen focos de ambición ó de intriga? La mejor contestación era citar los nombres del consejo general, todos de honor intacto, de virtud probada y elegidos entre las personas más honradas de su tiempo. Lejos de ser enemigos del gobierno, la mayor parte de ellos estaban ligados con él por los empleos, los recuerdos ó las tradiciones: en el consejo figuraban el Sr. Cornudet, consejero de Estado; el Sr. de Segur, relator; el Sr. Cochon, alcalde de uno de los distritos de París; el Sr. Thayer, senador, y el conde Lemercier, ex candidato oficial y nieto del general Jourdan.

Se reprochaba á la sociedad el que tuviera ramificaciones en el extranjero, cuando era un grande honor para Francia que, de los confines del mundo, se viniese á buscar la luz en su propio foco.

Añadíase que las conferencias estaban afiliadas á Roma. Tenían, en efecto, un cardenal protector; pero en once años se le había escrito once veces y él sólo había contestado tres; esas cartas no tenían más objeto que pedir *indulgencias*, y aun esta correspondencia había cesado desde 1859.

La circular ministerial hablaba de un presupuesto de ingresos procedentes de las conferencias y cuyo empleo era desconocido. La sociedad no acostumbraba publicar sus limosnas; éstas eran su único secreto. Pero ya que la desconfianza del gobierno exigía cuentas, era fácil rendirlas. Dónde se había agotado el presupuesto, los pobres hambrientos de Irlanda, los cristianos maronitas de Siria y los desdichados de todo país podían decirlo.

Contra la sociedad se invocaba el espíritu moderno, el espíritu de libertad. El gobierno era libre de hablar como el *Siècle*; pero todos los hechos materiales protestaban contra la acusación. Era en los países más libres, en Holanda, en Bélgica, en Inglaterra, en los Estados Unidos, donde la Sociedad se había desarrollado con más vigor. El único país donde no había podido implantarse era Nápoles, durante el reinado de Fernando.

Así hablaban los católicos, ardientes en su defensa y

tentados en algunas ocasiones de tomar á su vez la ofensiva. Antes de la circular del Sr. de Persigny, la política no había pasado jamás los umbrales de las conferencias; á raíz de la publicación de la circular hubo un día, un solo día, en que el reglamento fué olvidado.

Lo más difícil no era contestar, sino conjurar la tormenta. El acto ministerial no destruía la obra, pero rompía su unidad y la colocaba, por añadidura, entre las cosas sospechosas. Uno de los miembros del consejo general, el Sr. Cochón, propuso la resistencia y la apelación ante los tribunales. La mayoría desechó tan extremado partido: los textos de las leyes eran formales, y semejante escándalo no haría más que consumir la ruptura. Continuaron las diligencias oficiosas cerca del ministro, del arzobispo de París y del mismo emperador. Todo fué inútil: el día 12 de noviembre, el Sr. Boudón, presidente general de la sociedad, recibió un aviso del prefecto de policía prohibiendo toda reunión ulterior de los consejos.

El Sr. de Persigny estaba resuelto á disolver, si era preciso, los cuadros de la sociedad, pero si lograba someterlos á su mano y marcarlos con la estampilla imperial, ¿cuánto mayor no sería su triunfo! No faltaban intermediarios oficiosos que se insinuaban en los grupos y ponderaban las ventajas de la sumisión; aconsejaban á los miembros del consejo superior que se entregasen á la benevolencia del emperador y aceptasen un jefe designado por él; de este modo se evitaría una crisis lamentable: el soberano era bueno, conciliador, y, en medio de todos los incidentes de la lucha religiosa, vería con profunda satisfacción la vuelta de la confianza; sabría contemporizar con las susceptibilidades y los escrúpulos de hombres honorables que gozaban de toda su estimación, y, una vez reconocido su derecho de intervención, se guardaría muy bien de atentar al libre funcionamiento de las conferencias. Los mismos intermediarios hasta designaban para presidente futuro al cardenal Morlot, arzobispo de París, prelado piadoso, anciano afable, humilde, enemigo de la intriga y sin más preocupación que la de santificar los últimos días de su existencia; además era protector discreto de todas las obras de beneficencia y muy especialmente de la sociedad de San Vicente de Paúl. La proposición era tentadora. Lo que no había logrado la amenaza ¿lo conseguiría la seducción? Aunque muy perplejos, los miembros del comité directivo prefirieron la independencia, aunque fuese peligrosa, al peso de una cadena, por ligera que fuese. Juzgaron que todo lazo oficial desnaturaría el carácter de la institución. Conservaban el recuerdo de la Congregación en tiempo de Carlos X y no querían copiarla. El cardenal Morlot, por otra parte, no estaba dispuesto á aceptar la pesada carga que se proponían imponerle. Pero la consideración que dominaba á todas las demás era la siguiente: la obra de San Vicente de Paúl era internacional, y las conferencias extranjeras romperían sus lazos tan pronto como el comité central, en vez de funcionar con entera independencia, dependiera del emperador de los franceses. Cediendo á las circunstancias, el consejo general votó su propia disolución y remitió todos los poderes á su presidente. Este continuó ejerciendo su acción, pero oficiosamente y en secreto, de modo que el cargo de clandestinidad, hasta entonces quimérico, fué fundado desde aquel día.

El Sr. de Persigny era tenaz y apeló á las conferencias mismas contra el consejo general. A principios de 1862 les hizo interrogar por los prefectos. ¿Qué preferían: funcionar aisladamente ó unirse á un comité directivo, cuyo presidente fuese nombrado por el emperador? Ochenta conferencias optaron por el patronato oficial, y setecientas lo rechazaron. La Sociedad de San Vicente de Paúl sobrevivió al golpe, pero quedó mal parada. Por timidez ó por desaliento, desaparecieron muchas conferencias, y casi todos los funcionarios públicos se apartaron de la asociación. Pero al menos fué mantenido el principio de la independencia, y poco á poco los comités se reformaron, gracias á la tolerancia del poder, distraído por otras muchas dificultades. En medio de todos estos incidentes, el público se había olvidado un poco de los francmasones, esos émulos de las sociedades de San Vicente de Paúl. Pronto se supo que habían sido más dóciles, pues un decreto imperial les designó un maestro que era el mariscal Magnán (1).

III

Uno de los contemporáneos escribía en su periódico el 22 de octubre de 1861: «El gobierno se halla tan ocupado en las *Sociedades de San Vicente de Paúl* que no se acuerda de mirar nada más.» El público, más perspicaz que el gobierno, no podía persuadirse de que todos los males venían de los clericales ó de los hombres de los antiguos partidos. El público veía, en el orden de los intereses materiales, si no peligros, complicaciones diversas. El bloqueo de los Estados del Sur, fruto de la guerra separatista, dificultaba la llegada de los algodones, originando una suspensión notable en una de nuestras principales industrias; y la dificultad se convertiría en desastre el día en que el agotamiento de la primera materia paralizase del todo la fabricación, privando á millares de obreros de su salario cotidiano. El *tratado de comercio de 1860* había de entrar en pleno vigor el día 1.º de octubre de 1861. El nuevo régimen era temido por los industriales que, exagerando el temor de la competencia extranjera, habían limitado de antemano su producción. Estas dificultades industriales se hubieran conjurado en parte si la abundancia de los productos agrícolas y en particular de los cereales hubiese asegurado la vida barata; pero, desgraciadamente, la última cosecha había sido muy mediana; calculábase que faltarían más de 10 millones de hectólitros para el consumo, de modo que se necesitaban de 250 á 300 millones para las compras en el extranjero. La dificultad era tanto mayor cuanto que los capitales franceses se hallaban comprometidos en importantes especulaciones fuera del país; gran parte del último empréstito italiano había sido suscrito en la capital de Francia, y las épocas de las entregas de fondos estaban señaladas para fechas muy próximas; además, muchas é importantes empresas extranjeras, vigorosamente patrocinadas por nuestros establecimientos de crédito, habían dispersado cada vez más la fortuna nacional. En otoño de 1861 se manifestaron ciertos síntomas de escasez que contrastaban con el aspecto exterior de las cosas, siempre brillante y animado. A medida que fué

(1) Decreto de 11 de enero de 1862 (*Bulletin des lois*, 1862, página 43).